

LA VIRGEN DE LA AMARGURA
(Iglesia de San Juan Bautista.
Vulgo de la Palma. Sevilla)

Presagiaba la mañana
que había de ser el día
de un agobiante calor.
Detrás de la celosía,
la calle, que despertaba
con mil rumores al día,
contemplaba con agrado
una mujer, mas su vista,
al posarse en la ventana
que había frente a la suya,
humedeciósse, y de allí
alejósse conmovida.
Hacia un negro tocador,
cuya luna se veía
destacar de entre la sombra
de la alcoba recogida,
se dirigió, y lentamente,
a prenderse la mantilla
comenzó. Su pensamiento
giraba, mientras lo hacía,
alrededor de la dueña
de aquella humilde casita
cuya ventana se hallaba
frente a frente de la suya.

¡Qué mujer tan admirable!
¡Qué virtud! ¡Qué valentía
ante todas las desgracias
que su existencia afligían!
Y aquella virtud callada,
oculta y desconocida,
proporciones gigantescas
tenía en aquellos días,
en que, al dolor, se mezclaban
la infamia y las ignominias
con que la afligía el ser
que lo era todo en su vida.
Veinte años no contaba,
cuando la guadaña fría
de la muerte, entró en su casa,
y la vida honrada y limpia
de su marido, segó
con despiadada energía.
Quedóse sola la joven,
muy sola, frente a una cuna
en la que un niño pequeño
con inconsciencia reía.
No se abatió. Su dolor
dominó, y con valentía,
con la oración como escudo,
hízole frente a la vida.
Abrió taller. Su buen gusto
y habilidad exquisita
pronto se hicieron famosos.
Dalmáticas y casullas,
palios y mantos, escudos,
estandartes y manguillas,
para toda la ciudad

en su taller dirigía.
A través de los calados
de su oscura celosía,
siempre sobre el bastidor
se veía su figura,
y sus manos transparentes,
el oro y la plata fina
combinaban sin descanso
con primor y maestría.
Creció el hijo idolatrado
entre arrullos y caricias.
Fueron sus ojos abriéndose
a las luces de la vida,
pero no vieron la antorcha
de santo amor encendida,
que en llamas de sacrificios
junto a él se consumía.
Comenzó para la madre
el calvario de su vida.
No hubo tugurio al que el hijo
no acudiera, ni disputa
en que su nombre no fuese
pronunciado. Parecía
imposible que a tal ser
le hubiera dado la vida
aquella mujer, espejo
de la virtud más crecida.
Súplicas, llanto, amenazas
que en nada le conmovían,
todo lo intentó la madre
con su ternura infinita.
Mas fue en vano, porque el hijo
que todo se lo debía,

prendido en falsos halagos
y amigos que le aplaudían,
alejóse para siempre
de aquella mujer bendita.
Lloró la madre, con lágrimas
tan dolorosas, su huida,
que unos cercos violados,
en torno de sus pupilas
quedaron, como honda huella
del pesar que la afligía.
Al hogar abandonado
fueron llegando noticias,
que el corazón de la madre
taladraban y encendían
de rubores su semblante
de palidez ambarina.

Y despiadada, cruel,
llegó la noticia un día,
de que en unión de unos cuantos
amigos de fechorías,
asaltaba en los caminos
con la infamante cuadrilla.
Ocultóse avergonzada,
cerróse la celosía,
y ya nadie volvió a ver,
aquella faz dolorida.
¡Víctima del hijo ingrato
era la madre heroína!
Cogiendo el grueso breviario,
de la alcoba recogida
salió la mujer, que antes,
detrás de la celosía
contemplaba la ventana

con mirada entristecida.
A la parroquia cercana
llegaba, cuando tañía
la campana el tercer toque
para la primera misa.
Al verla venir, alzóle
una vieja la cortina,
y, apenas hubo pasado,
volvióse hacia su vecina.
—¿Conocéis vos —preguntóle—
a esta señora, que a misa
viene siempre la primera
y que se va de las últimas?
—Bien se ve que sois nueva
en esta feligresía,
y que ha poco vivís
en la ciudad de Sevilla—
contestó la interpelada.
—Se llama doña Luisa,
y es su apellido Roldán,
lo cual hace que en Sevilla,
tan sólo por La Roldana
se la conozca. Es artista
de lo mejor en su oficio,
¡es escultora! Sentía
desde muy niña, afición
a cosa tan peregrina.
Fue su padre su maestro,
¡que ella es de rama de artistas!,
y fue tan grande su arte
para manejar la gubia,
que si al padre no aventaja,
que le iguala, es cosa fija.

Las iglesias y hermandades
le encargan sus esculturas,
y las obras de sus manos
se disputan a porfía.
Cierto es, que ella les da
un no sé qué de ternura,
que si es infante la imagen,
¡está pidiendo una cuna!,
si es un ángel, al mirarle,
lo que es gloria divina
se siente, y si es una Virgen
lo que talla, ¡maravilla
que no ande!, pues parece
que ella les infunde vida.
Diéronle ha muy poco tiempo,
tan solamente unos días,
el encargo de una Virgen
de los Dolores. Sería
cosa digna de que vierais,
con qué devoción se humilla
para recibir a Dios
antes de coger la gubia.
Y dicen que, cuando tallan
una imagen dolorida
de Nuestro Padre Jesús
o de su Madre divina,
al pensar en sus dolores,
ella solloza y suspira.
Mas advierto que, charlando,
hemos perdido la misa,
cosa será de quedarnos
a la siguiente—. Sumisa,
siguió tras ella la nueva

feligresa. La cortina
cayó tras ambas, y a poco,
aun más devota y sencilla
atravesó su dintel
aquella afamada artista,
que sólo por la Roldana
era nombrada en Sevilla.
Ya caldeaba las calles
un sol que hería la vista.
Pegada al muro, que en sombra
a tal hora se veía,
regresaba hacia su casa
aquella mujer artista.
Un rumor, como el zumbido
de cien colmenas reunidas,
se fue acercando, creció,
y por la calle vecina,
en confuso torbellino,
vio a la gente que corría.
Pasó el tumulto. A la calle
por donde iba, la artista
vio acercarse una mujer
desemblantada y convulsa.
Mujer que ha llorado mucho,
en torno de sus pupilas,
grandes círculos morados
ostentaba. Peregrina
debió de ser la belleza
de su rostro, pues que mustia
y ajada por el dolor,
aún hermosa se veía.
Al aire su cabellera
tan negra como la endrina,

algunas hebras de plata
dejaba ver confundidas.
Levantábase su pecho
cual si estertor de agonía
la ahogara, y en su garganta
no entrase el aire. Su vista
clavaba lejos. Sus ojos,
que ansiosos se dirigían
anublados por el llanto
más allá, nada veían.
A su lado, otra mujer
le hablaba en voz conmovida,
mas ella, sorda a palabras,
lejos la nublada vista,
siguió marchando, y, sin verla,
pasó rozando a la artista.
Tembló esta al conocerla.
¡Era su triste vecina,
la mujer toda heroísmo,
sacrificio y desventuras!
¿Qué nuevo dolor el suyo?
¿Qué nueva pena la hería?
Siguió tras ella anhelante,
en sus dolores prendida.
Alcanzóla y preguntó:
—¿Qué os sucede? Si una amiga
precisáis a vuestro lado
contad conmigo—. Su vista
no desvió la mujer
para mirarla. Seguía
con los ojos arrasados,
fijos en la lejanía,
cual si buscara una prenda

de mucho valor, perdida.
Agitáronse sus labios,
cual si estertor de agonía
fuera a exhalar, y, de ellos,
en santo amor encendida,
salió sólo la palabra
que compendiaba su vida.
—¡Mi hijo! —Calló de nuevo,
y, cual si nueva energía
le infundiera tal palabra,
volvió a caminar. La artista
volvió entonces su mirada
a aquella buena vecina
que encontrara junto a ella.
Dolorosas y fatídicas
sonaron en sus oídos
sus palabras. —La cuadrilla
ha sido presa, señora,
los traen para Sevilla.—
En aquella madre mártir
clavó sus ojos la artista,
en silencioso homenaje
a su dolor sin medida.
Prosiguieron caminando.
Por una calleja oculta
fueron a dar a una plaza
en que, la gente, reunida,
esperaba el pronto paso
de la triste comitiva.
Ajena a todo rumor,
ciega a todos, proseguía
aquella madre modelo
tras el hijo, que en su vida,

con el puñal del dolor
causaba tan fiera herida.
Un rumor, que fue creciendo,
ya la llegada advertía.
Adelantóse la madre,
alcanzó la comitiva,
y con el hijo abrazóse,
silenciosa y dolorida.
Paróse el triste cortejo,
y la mujer afligida
besó mil veces al hijo
que su nombre escarnecía,
besó sus manos manchadas
por el delito, y unidas
por una cuerda infamante,
y aun diole su alma, abatida
por el más grande dolor,
alientos con su sonrisa.
No se escuchaba un rumor.
La emoción sobrecogía
a todos los asistentes
de esta escena. Parecía
como si en todos los pechos
ya no alentase la vida.
El imponente silencio
cortó una voz conmovida:
—Lo siento por ti, pues yo
tengo lo que merecía.
Mas si salgo en bien, te juro
hacerte olvidar mi vida.
¡Por el Dios que está en el cielo
te lo juro, madre mía!—
Prosiguieron caminando.

Tras la triste comitiva,
y tan sólo acompañada
de la vecina y la artista,
iba la madre, que ahora
llevaba fija la vista
en aquel que caminaba
ante ella, y que encendía
en resplandores de amor
sus anubladas pupilas.
No tardaron en llegar
a la cárcel. Parecía
imposible resistiera
la madre a tal amargura.
Mas antes que se cerraran
aquellas puertas macizas,
aún encontraron sus labios
una pálida sonrisa
para el hijo, al que el dolor,
aunque tarde, redimía.
Fue el camino, al regreso,
silencioso cual la ida,
bajo un sol abrasador
que lastimaba la vista.
Ya los ojos de la madre
no clavaban sus pupilas
arrasadas por el llanto,
con ansia en la lejanía,
veladas por el dolor
y hacia la tierra abatidas,
era su rostro el reflejo
de una tristeza infinita.
Ya la tarde comenzaba,
cuando llegaba la artista

a su casa, sudorosa,
pálida y entristecida.
Besó la mano a su padre,
desprendióse la mantilla,
y, penetrando al taller,
tomó en sus manos arcilla
y dio comienzo a un boceto.
Trabajaba, deshacía,
volvía a empezar de nuevo,
y mezcladas con la arcilla
iban abundantes lágrimas
de sus ojos desprendidas.
A veces, entre sollozos
exclamaba: —¡Madre mía!
¡Si su dolor fue tan grande!,
¿cómo tu dolor sería
siendo tu Hijo Dios mismo
y limpio de toda culpa?—
La tarde fue declinando,
y a la luz de una bujía
continuaba el trabajo,
entre lágrimas, la artista.
Muy avanzada la noche,
llorosa y descolorida,
se retiraba a su alcoba,
temblorosa y dolorida.
Penetró Pedro Roldán
en el taller, y su vista
quedó absorta ante el boceto
que terminado lucía,
como flor maravillosa,
a la luz de su bujía.
Contemplábale extasiado.

Jamás sus manos de artista
de renombre sin igual,
hicieron tal maravilla,
ni jamás vieron sus ojos
de tal modo confundidas,
la amargura del dolor
con la majestad divina.
Meses después, los Hermanos
de la nueva cofradía
de Nuestro Padre Jesús
del Silencio, se reunían
en la casa, para ver
terminada la escultura
de la Virgen Dolorosa,
que encargaran a la artista,
y que pronto, trasladada
iba a ser y bendecida.
En el taller penetraron,
y hacia la hermosa escultura
que, cubierta con el manto,
se alzaba en una tarima,
acercáronse. El asombro
que aquella faz peregrina
produjo en ellos, fue tal,
que voz ni palabra alguna
cortó el silencio. La imagen
que contemplaban, tenía
una expresión de dolor
sobrehumano. Parecía
que, a impulsos de aquel dolor,
en estertor de agonía
se levantaba su pecho.
Por las lágrimas vertidas,

grandes círculos morados,
en torno de sus pupilas
quedaron, como honda huella
del pesar que le afligía.
Y aquellos ojos que, al frente
miraban sin ver, tenían
arrasados por el llanto
¡una divina locura!
Arrancándose al embrujo
de aquella faz peregrina,
habló el Hermano Mayor:
—Nunca vi tal en mi vida.
Al mirarla, se comprende
lo que esta Madre divina
sufrió por nuestros pecados.—
Y volviéndose a la artista:
—Que vuestras manos, señora,—
prosiguió —Dios las bendiga.
¡Quien talla de esta manera
lleva su alma en la gubia!
Volviéndose a los cofrades,
señalando la escultura:
—¿Con qué hermosa advocación—
—les dijo— al ser bendecida,
la llamaremos?— Llegóse
a la escultura la artista,
y con la voz temblorosa
y arrasadas las pupilas:
—¡Ya tiene nombre —les dijo—.
—Al moldearla en arcilla,
un recuerdo de una madre
cuyo cáliz de amargura
vi beber, y que al sepulcro

siguió al hijo ha pocos días,
la bauticé con el nombre
que compendiaba su vida
mezcla de amor y dolores.—
—¿Y es ese nombre? —¡Amargura!—
Hubo un silencio. Los ojos,
fijos en la faz divina
prosiguieron, y los labios
de aquella mujer artista
murmuraron quedamente:
—¡Madre de amor y amargura,
dolores como los tuyos
no los hubo madre alguna!—

* * *

Lo que es el dolor de madre
¡de amor divina locura!
puede decir el que viera
la Virgen de la Amargura.

Carmen García Bravo-Ferrer
(«Lágrimas. Leyendas de Semana
Santa», Sevilla, 1942)

CARIDAD RECOMPENSADA

Cuenta Mons. Dorousseau, Obispo de Tournai, en Bélgica, que un compañero suyo de la infancia, en Hall, donde existe un santuario de la Santísima Virgen, siendo niño aún, se cayó a un río. La niñera perdióle pronto de vista. Pero un hombre que pasaba por allí, viendo al pequeño en el agua, se arrojó al río y lo salvó. El niño, incapaz de dar el nombre de sus padres, indicó a medias palabras la dirección de la casa en que vivía, y pudo ser entregado a su madre.

Ofrecieron dinero al generoso salvador, pero éste lo rehusó. Le pidieron que al menos recibiese, como recuerdo, la medalla que el niño tenía al cuello y dijese todos los días: «Nuestra Señora de Hall, ruega por nosotros».

El hombre, haciendo un gesto de desprecio, añadió:

—No tengo fe en estas cosas.

Iba ya a retirarse, cuando la madre del niño insistió:

—No puede usted marcharse sin llevar un recuerdo del pequeño. Tome, tome esta medalla.

—En fin —repuso—; este niño me interesa, ya que le he dado de nuevo la vida. Esto no me va a hacer ningún mal; así, ¿qué tengo que decir?

—¡Nuestra Señora de Hall, ruega por nosotros!

—¡Está bien; aceptado! Y se retiró sin que nadie volviera a saber de él.

El niño se llamaba Hubert. Más tarde, entró en la Orden de los Premonstratenses e hizo sus estudios teológicos. Al acercarse su ordenación sacerdotal, sintió vehementes deseos de hacerse misionero. Esta idea era una verdadera obsesión.

Pero la Orden Premonstratense no tenía en aquel tiempo misiones en parte alguna. Los superiores juzgaron sus deseos una mera tentación. Recibió la ordenación sacerdotal.

En una ocasión, ya sacerdote, cayó gravemente enfermo de cierta molestia misteriosa, que los médicos no acertaban a diagnosticar. Uno de ellos aventuró cierto día su parecer:

—Tal vez un clima muy caliente podrá salvar al enfermo.

Los superiores quedaron perplejos, sin saber a dónde enviar al paciente... Providencialmente recibió el Padre Superior por aquellos días una carta. Venía de la colonia del Cabo, en el Africa del Sur, y decía entre otras cosas:

«¿No podría usted enviarnos alguno de sus Padres? Estoy solo, en un gran hospital...»

El doliente mejoró de forma que pudo emprender el viaje y partió; le guiaba la providencia, la economía milagrosa de la gracia de la Santísima Virgen. En el hospital de la misión mejoró aún con mayor rapidez.

Un día la enfermera envió a llamarle con toda urgencia:

—Padre, un viajero ha sido recogido en el camino, va a morir. Habla una lengua desconocida.

Parece que blasfema...

El Padre Hubert corrió a la cabecera del enfermo. Sin embargo, su presencia irritó más al doliente. Todos los recursos que quiso poner en práctica resultaron estériles. Para no ocasionar mayores blasfemias, el Padre Hubert iba a retirarse con el corazón angustiado.

Al dirigir su última mirada al moribundo, vio que una cosa relucía en su pecho. Volvió sobre sus pasos y dijo al enfermo:

—Amigo mío: tenéis una medalla de María, señal de que la amáis. Estáis salvado...

El enfermo, algo más tranquilo, dijo...

—Esta medalla tiene una historia. Es el recuerdo de un niño a quien salvé yo en un río. Por causa de esta medalla, todos los días digo estas palabras: «Nuestra Señora de Hall, ruega por nosotros...» Pero ¿por qué lloráis?

—Aquel niño soy yo —repuso el sacerdote—. Mi madre me contó cien veces esa historia y la Santísima Virgen me ha traído al Africa, misionero de una sola alma, para salvar a mi salvador...

El holandés también comenzó a llorar, la gracia se había apoderado de su alma, y, arrepentido, recibió el perdón sacramental.

El Padre Hubert, completamente restablecido, regresó a Bélgica, dos veces salvado en el cuerpo por aquel cuya alma había salvado prodigiosamente la Santísima Virgen.

LAS LAGRIMAS DE LA VIRGEN

**Evocando la exclaustación de los monjes jerónimos,
acaecida en septiembre de 1835, en el Santuario
de Guadalupe, Cáceres**

I

Serena estaba la noche,
plácida, azul, estrellada,
mecida al son blando y lento
de los arrullos del aura.

La luna en los corredores
urdía encajes de plata,
el jardín era un ensueño
que al hombre Dios regalaba.

¡Cómo el monje discurría
entre la fronda aromada
respirando aquel ambiente
saturado de fragancias!

Noches augustas de julio,
noches de dulces nostalgias;
de místicos soliloquios
entre el Amado y el alma...

Mas ¡ay! aquesta ventura

muy pronto se vio turbada
por nubes de torvo aspecto
que el horizonte enlutaban.

Se fue extendiendo la sombra
sobre vetustas moradas
y un aire maligno y seco
la voz ahogó en las gargantas.

Resolvióse la tormenta
en horrísonas descargas
y mil seres ofrendaron
en holocausto sus almas.

Borrón que empañaste un día
la blanca historia de España:
¡aun tienes, al recordarte,
sabor a sangre y a lágrimas!...

II

En este gran Santuario
—orgullo de nuestra Patria—
clavó la sangrienta fiera
sus duras y crueles garras.

También el águila altiva
que se enseñoreó del mapa,
pretendió borrar el nombre
de Guadalupe, el alcázar

donde atiende nuestras penas,

vertiendo arroyos de gracias,
la Madre de Extremadura,
la Reina de las Españas...

Se marcharon, sí, sus hijos...
¡Qué dolorosa y amarga,
qué triste la despedida
de esta mansión veneranda!

«¡Adiós, Monasterio insigne!
¡Adiós, Solar de la Raza!
¡Relicario de grandezas
por todos tan despreciadas!

¡Adiós, venturosos claustros,
de las artes filigrana!
¡Adiós, Virgen Morenita,
Señora de nuestras almas,

nuestro amparo, nuestra guía,
consuelo en nuestras desgracias!
¡Madre!, al dejarte, se rompen
en pedazos las entrañas!...»

Miradlos: van en dos filas,
con las capuchas caladas,
el breviario en las manos,
lentos los ojos de lágrimas...

Rezan la última Salve
a la Virgen Soberana...
Pero allí callan los labios,
el corazón es el que habla...



Las Lágrimas de la Virgen

III

Quedó la iglesia desierta...
En la plaza resonaban
el estruendo y vocerío
de las turbas desalmadas...

Se oía el chisporroteo
de las moribundas lámparas,
y allá, en lo alto, la Virgen
en su soledad amarga...

De pronto en sus claros ojos
brillaron dos perlas blancas
que cruzaron temblorosas
la tez negra de su cara,

cual dos estrellas fugaces
en noche tranquila y diáfana...
Y, rodando, a caer fueron
en la bandeja de plata

que al servicio del Sagrario
en el altar siempre estaba...
Jesús recibió la ofrenda
de su Madre inmaculada:

¡Dos lágrimas de perdones
para las almas ingratas!
¡Para sus hijos amantes
dos lágrimas de esperanza!

*Fr. Antonio Corredor
O.F.M.*

¡QUIERO VERTE, MADRE MIA!

Era el último día del mes de abril: aquella tarde habían colocado los novicios de mi convento a la Inmaculada sobre majestuoso trono, bajo un dosel magnífico sembrado de estrellas, para celebrar con solemne pompa el Mes de María; el altar estaba cubierto de candelabros llenos de luces y de flores olorosas, que embalsamaban el templo con su fragancia.

Estaba tan hermosa y agraciada la imagen de la Purísima Concepción que, al decir de los novicios, parecía hecha por mano de los mismos ángeles. Aquel rostro soberano, que refleja como limpio espejo la luz increada; aquella frente serena, trono y asiento de la pureza misma; aquellos ojos que se elevan dulces y suplicantes como pidiéndole al cielo bendiciones para la tierra; la rubia cabellera, que, en graciosas ondulaciones, descende sobre los hombros; aquellas manos cruzadas sobre el casto pecho en actitud arroba-dora; el manto azul cayendo en elegantes pliegues sobre la túnica blanca; todo aquel conjunto maravilloso indicaba que la belleza por él figurada había bajado del cielo.

Pero no todos los novicios veían lo mismo en aquella imagen prodigiosa. Había uno, cuya mirada de ángel descubría más allá de la hermosura física, un no sé qué, que le dejaba embelesado,

cada vez que contemplaba la imagen de María; y que siempre que se apartaba de ella, le hacía exclamar: ¡Quiero verte, Madre mía!

Todos ellos hicieron aquella noche firmes propósitos de honrar a la Reina del Cielo, cuanto pudieran; todos se prepararon con fervor después de Maitines para comenzar santamente el nuevo mes de Mayo; todos se despidieron afectuosamente de la Virgen, pidiéndole su bendición para irse a descansar; pero uno solo fue el que le dijo: ¡Quiero verte, Madre mía!

Un silencio sepulcral comenzó a reinar en los largos dormitorios, por los cuales parecía que se paseaba el ángel del sueño, llevando la calma y el descanso en el leve movimiento de sus alas: y nuestro novicio se durmió rezando el «Bendita sea tu Pureza». Algunas horas después, sintió que lo llamaban para que fuera al jardín a coger un ramo de flores odoríferas para el altar de la Inmaculada.

Cuando el obediente joven llegó al jardín, ya la aurora blanqueaba el horizonte y derramaba sobre las flores del vergel blancas perlas de rocío. Dirigió su vista hacia el Oriente y exhaló con un suspiro su plegaria favorita: ¡Quiero verte, Madre mía!

Aún no había pronunciado la última palabra, cuando vio venir por el espacio una columna de espumosa niebla, cual si estuviera formada de transparente gasa, matizada con los colores del arco iris. La niebla quedó suspendida del cielo, cual preciosísimo toldo, que cubría el convento y el jardín, donde se hallaba el novicio, el cual,

inmóvil y estupefacto, contemplaba aquel fenómeno, diciendo: ¡Quiero verte, Madre mía!

Resplandores vivísimos, que fueron creciendo hasta deslumbrar su vista, inundaron la huerta y el monasterio. Un perfume delicioso se difundió por los aires, y sintió que las hojas de los arbustos comenzaron a moverse, no como cuando el viento las agita, sino trémulas y suaves, como si de placer se estremecieran. Alrededor de la nube percibía un rumor semejante al que producen las alas de los serafines, cuando vuelan por el aire: y él, entretanto, suspiraba. ¡Quiero verte, Madre mía!

De repente se rasga la nube y aparece ante sus ojos la Reina de la creación, coronada de astros resplandecientes; la luna le servía de pedestal, y, bajo sus plantas, yacía aplastada la cabeza de la infernal serpiente; irradiaba su semblante luz divina y tenía clavados en el cielo sus azules ojos, que reflejaban la dicha de un éxtasis de amor: su túnica preciosa, tejida de lirios y azucenas del paraíso, era más blanca que la nieve de los collados eternos, y su manto más celeste y más hermoso que el azul del firmamento, nimbos de luz rodeaban su faz encantadora y espíritus angélicos le cantaban el himno de la pureza. «¡Tota pulchra es, María!»

El novicio cayó de rodillas ante aquella visión misteriosa; cruzó sus manos, elevó al cielo su mirada y oyó que una voz más suave que los conciertos celestiales, le decía: «¿Quieres verme? ¡Pues aquí me tienes!

De nuevo comenzaron a moverse las hojas de

los arbustos, se oyó el ruido de las alas angélicas, disminuyeron los resplandores y empezó a cerrarse la nube. Un momento después, niebla, gasa, luz, colores, todo desaparecía del horizonte y sólo se oía el lánguido y lejano eco de la música celeste que cantaba a la Madre de Dios la «¡Salve Regina, Mater misericordiae!

El novicio volvió a exclamar: ¡Quiero verte, Madre mía! y la misma voz de antes le contestó: ¿Quieres verme? Pues imita mis virtudes y me verás eternamente.

En esto el desapacible sonido de la matraca que tocaba el despertador por los claustros, despertó a nuestro joven, que no sabía lo que le pasaba. ¡Qué lástima! ¡Todo había sido un sueño! ¡No más que un sueño! pero de esos que siempre dejan en el alma gratos y duraderos recuerdos.

Levantóse presuroso y se dirigió a la iglesia para saludar a la Virgen María, y le pareció que los labios de la sagrada imagen se movían diciéndole: ¿Quieres verme? Pues imita mis virtudes y me verás eternamente.

Desde entonces, siempre que mira a la Inmaculada, le parece sentir en el fondo de su alma esta pregunta: ¿Quieres verme?

Y él contesta entusiasmado: ¡Quiero verte, Madre mía!

Fr. Ambrosio de Valencina
O. F. M. Cap.

ÍNDICE

El retrato de la Virgen María	3
Leyendas de la Virgen María	7
La leyenda antigua de Santa María de Guadalupe	10
El celestial regalo	25
El niño judío salvado por María	31
Bajo el manto de María	37
Historia de un doble milagro	40
Santa María	45
La pastorcilla de Olite	47
Nuestra Señora de la Hoz	57
¡Covadonga!	62
La Virgen de la Almudena	68
La Virgen morena de Montserrat	75
Laudes de primavera	81
El canto de la «Salve»	88
¡Madre de los Desamparados!	97
La Virgen de las azucenas del árabe Amir	103
La Virgen de la Puñalada	108
El juglarcillo de la Virgen	118
La Virgen del Valle	131
Nuestra Señora de la Familia	143
El Angelus	148
El sueño de Marta	151
La Virgen nunca desatiende a sus devotos	155
La Virgen de Chilla	162
La Virgen de la Esperanza	166

Canto de la golondrina	176
La Virgen del Puig de Pollensa	179
La Virgen de la Amargura	187
Caridad recompensada	202
Las lágrimas de la Virgen	205
¡Quiero verte, Madre mía!	210